

El valor de la humildad

Por E. Armstrong

Debilidad para unos y sabiduría para otros, la humildad no es apreciada ni comprendida por todos de la misma manera. Sin embargo, para la tradición cristiana su alto valor no ha cambiado con los años.

La humildad es la actitud de vernos igual a todos los demás, es buscar el diálogo antes que la causa de un reproche, es tratar de unir antes que dividir, de construir antes que causar daños, de confiar aún cuando esto pudiera ser causa de nuevos desengaños, de perdonar antes que buscar ser perdonado, de comprender lo que somos y apreciar lo que tenemos, como un tesoro mas que suficiente para encontrar la paz y la felicidad en lo simple, sencillo y cotidiano, como en todo lo que representa una oportunidad cercana para expresar la sinceridad del amor, del nuestro, del que todos, sin excepción, disponemos en nuestro interior.

La humildad es la respuesta de quién puede apreciar con sencillez y admiración a todo lo que tiene a su alcance, sintiendo el privilegio de notarlo y el agradecimiento de vivirlo.

Ella se refiere a la capacidad de reconocer las propias debilidades y errores, sin responsabilizar a otros por aquello indeseado que nos ocurre.

La humildad no es sentirse menos, es reconocer que no se es más. Es el rostro de quien ha liberado su alma.

Al parecer, hay bienes que no son tratables, comprables o que se puedan obtener simplemente con desearlos. Exigen una consistencia mayor de parte nuestra, que vaya más allá de las intensiones o disposición. Los valores y principios no se alcanzan por medio de nuestros deseos o buenas

intenciones, requieren trabajo, perseverancia, auto disciplina, tiempo y una cuota de acciones concretas en la dirección de nuestra voluntad. No son objetos, son consecuencias o resultados de un proceso en el cual, quien realmente los aprecie, puede verse involucrado. Por ejemplo, uno puede apreciar la sabiduría, quizás desearla, pero alcanzarla no es un asunto de adquirir, si no mas bien, el natural resultado de un proceso que pueda conducirnos a su obtención. La humildad como tantas otras cualidades, no se adquiere simplemente por compra, negocio o deseo, exige un comportamiento previo y consecuente hacia esa dirección, por lo que ella es el resultado de un proceso.

Esto es muy interesante, ya que muestra que los mayores tesoros de la vida a los que podemos acceder, parecen exigir algo previo de parte nuestra para que podamos disponer de ellos. No podemos negociarlos, ya que son gratuitos; pero exigen de parte nuestra una mínima demostración de cuanto los valoramos a través de la consecuencia y perseverancia de nuestros esfuerzos por demostrar, ante uno mismo, cuánto estamos dispuestos a dar por ellos. No son exclusivos, están al alcance de todos; sin embargo, no todos los aprecian y no pocos los desprecian.

Conduccion

Quien sabe de aguas, reconoce que no se puede atajarlas, y que para trabajar con ella se requiere guiarlas. Algo similar ocurre con la vida y las personas, cualquier forma de imposición o norma o freno a los impulsos, es una solución muy poco efectiva.

El ser humano, como los animales, reacciona mal ante lo inesperado que pretende limitar sus decisiones, voluntad o desplazamientos. Somos en cambio, mas reactivos a ser conducidos por propuestas que buscan guiar el comportamiento. De esta realidad, se desprende que la forma en que ofrecemos o planteamos nuestros deseos puede ser determinante para obtener mejores resultados. Los publicistas y profesionales del marketing lo saben; los artistas y los comunicadores, como los políticos y diplomáticos, también.

El foco de nuestro esfuerzo debe estar en las formas, en el como invitar, proponer o comunicar, mientras mantenemos la orientación de la actividad bajo una guía definida, atractiva, simple y reconocible para todos.

Un objeto es posible de conducir por medio de la imposición, una persona no debiera ser conducida jamás, ya que implica un desprecio hacia sus libertades y voluntades. Los objetos se conducen, las personas se guían.

La conducción social o de masas, se refiere más a métodos de control del comportamiento y de prevenir reacciones sociales. Es lo opuesto a guiar, ya que impone dónde se debe guiar por medio de invitar a la participación o a la convicción en libertad.